

La poderosa memoria

Las sociedades humanas, por una necesidad de convivencia natural, tienden a olvidar muy pronto su pasado reciente y esa amnesia es la oportunidad de los caudillos y agoreros de hacer de las suyas. Basta que alguien nos cuente una linda o rebuscada historia y la creemos sin siquiera analizarla. Esto queda reflejado desde el Libro del Éxodo en adelante, cubre cada ciclo de nuestra historia y está presente en cada año de nuestras vidas. Las distracciones cotidianas nos hacen olvidar, cual partera, los dolores padecidos y nos exponemos a nuevos sufrimientos.

Las redes sociales nos hacen llegar día a día miles de mensajes que son subidos a la red sin misericordia por cuanto vago pulula en ella. Las famosas cadenas religiosas o de abundancia; los anuncios de extravíos de personas sin señalar fecha o ubicación; las denuncias sin base de pseudos periodistas, son todas ellas un ritual en que nos entregamos y creemos.

Es como los jóvenes que año a año pierden la vida por dárseles de avezados pilotos de autos. Sus muertes aseguran la vida de la generación que los conoció o que se enteró del suceso y que toma sus resguardos. Dos años después una nueva camada se expone al mismo riesgo y el ciclo se repite.

Eso es natural a su edad, pues se aprende para la subsistencia, pero no para los mayores a quienes el destino se ha encargado de moldear el futuro. Estamos tan sobrepasados de notas de crímenes, de novelas sin contenido, de profusas notas y encuestas de opinión, que no logramos llegar a tener un sentimiento propio.

Hace unas semanas, con ocasión de los problemas en los Registros Electorales un aspirante a Presidente de la Nación argumentaba que en Dictadura no hubo reclamos por situaciones similares, fomentando en su sector político un sustento para sus candidatos. Olvidó sólo un detalle: que en Dictadura no habían registros ni elecciones. De seguro que no lo sabía y cuando se presente al alto cargo le recordaremos su falta de memoria, su desprecio a la historia, su creencia de que todos los chilenos somos estúpidos y su carencia de visión estadista.

Sin darnos cuenta, día a día estamos levantando nuestros propios becerros de oro para adorarlos, dejándonos seducir por palabras rimbombantes y nos olvidamos de vivir bien con nuestros hijos, con nuestras parejas, con nuestros vecinos, única base de crecimiento real como sociedad.